



FERNANDO MENDEZ DE ANDES
Secretario General de Alimentación

EL SOL SALE PARA TODOS

tado de un volumen de negocio de 5,5 billones de pesetas; en el sector de bienes de equipo (frío industrial, etc.); de electrodomésticos (repárese el equipamiento del hogar que se origina por la alimentación); del transporte, almacenamiento y distribución, energía, ...

Que tiene su razón de ser última en una de las dos actividades básicas del hombre como especie, alimentarse y cobijarse, con lo que ello conlleva de participación en la formación de pautas culturales y conductas sociales.

Así las cosas, no parece aventurado concluir que nos encontramos en presencia de un sector que, sin grandilocuencia alguna, puede ser considerado como un sector estratégico de nuestro sistema socio-económico.

En sólo una década, este sector se habrá tenido que enfrentar a dos esfuerzos de considerables dimensiones; integración en la Comunidad Europea primero y, ahora, incorporación al Mercado Único, unido ello al nuevo marco comercial que se derivará del próximo acuerdo del GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio) y a la apertura de mercados inducida por las transformaciones experimentadas en los países del Este. Y este ajuste ha de realizarse (se está realizando ya) con una velocidad y una profundidad en los cambios cualitativos y cuantitativos, sin precedentes.

Es preciso pasar, dar el paso, de un sistema industrial que se genera y desarrolla en una economía cerrada, con establecimientos familiares las más de las veces, anclados a mercados locales y cautivos de políticas de demanda, a un sistema abierto, instalado mayoritariamente en políticas de oferta, donde lo local, también mayoritariamente, se transforma en transnacional.

La industria agroalimentaria española presenta hoy un marcado carácter dual. El número de establecimientos industriales sobrepasa los 40.000 y, sin embargo, las 50 mayores empresas capturan un 40% de la cuota de mercado.

Si hay un sector industrial sobre el cual, en los últimos tiempos, se ha escrito, debatido, analizado, ese es el agroalimentario. Y ello, no es casual.

Cuando hablamos del sector industrial agroalimentario, nos estamos refiriendo a un sector que participa en un 20% en el producto industrial bruto, que da empleo a 400.000 trabajadores, que adquiere en torno al 75/80% de la producción final agropecuaria y pesquera, (con el impacto que ello supone sobre las rentas de agricultores, ganaderos y pescadores).

Un sector que genera unos impactos positivos en el resto de la economía, realmente importantes, induciendo una considerable actividad en el sistema financiero, como resul-

No quiere decir lo anterior que no haya sitio para las pequeñas empresas en el entorno en que nos movemos y en el que se prefigura, como resultado de los cambios acaecidos y de los que se están gestando.

Existen espacios intersociales, que pueden y deben ser ocupados por estas empresas, siempre que las mismas se instalen en producciones diferenciadas, de alta calidad, buena presentación y diseño, con productos exclusivos, homogéneos, para pequeños mercados.

Al tiempo, se está experimentando un cambio profundo en los hábitos de consumo de su población, y es necesario dar respuesta al mismo. Piénsese que en la actualidad, el 75% del consumo lo soportan productos transformados, en los que la calidad, higiene y presentación juegan un papel decisivo a la hora de ser elegidos por el consumidor finalista.

Cierto es que, en los últimos cinco años, nuestro sistema agroalimentario se ha comportado de forma mucho más ágil de lo que puede parecer a primera vista, y que un segmento importante del mismo ha alcanzado un notable grado de modernidad y eficiencia mediante un proceso de racionalización y reforma en instalaciones y procesos de fabricación, del que es buena prueba la intensidad de las inversiones realizadas, con tasas anuales de crecimiento que han llegado a superar, durante este quinquenio, el 35%. Baste señalar que, entre 1986 y 1990, se ha invertido por valor de casi un billón de pesetas, siendo de justicia recordar que en torno al 50% ha sido ayudado, de forma importante, por las Administraciones española y comunitaria.

A pesar de esta evolución positiva inducida por el fuerte proceso inversor, y por el ajuste a los hábitos de consumo, en suma, a pesar de este intenso esfuerzo de modernización, es imprescindible incrementar la presencia en los mercados internacionales, mediante la realización de inversiones en el exterior o mediante actuaciones individuales y/o colectivas de creación y desarrollo de redes comerciales, establecer políticas agresivas de asignación de recursos para aumentar el I + D, mejorar la formación de los recursos humanos y la capacidad de gestión, ...

Es necesario fomentar la creación de "Holdings" (mediante fusiones, intercambios de capital, incorporación de capital "con inteligencia", etc.), que sean capaces de aprovechar las oportunidades que ofrecen las aperturas de mercado derivadas del Mercado Único y de la nueva situación generada en los países del Este (con sus incertidumbres actuales político-económicas, pero también con sus certezas).

Es necesario superar los recelos exagerados que en ocasiones crea la incorporación de capital extranjero, cuando este no viene inducido por una voluntad especulativo-financiera y pueda aportar unas, muy convenientes y necesarias, culturas de gestión multinacional, desarrollo de nuevos productos, tecnología competitiva o técnicas eficientes y modernas de gestión que permitan iniciar y/o acelerar el proceso de modernización y desarrollo de nuestras empresas, para instalarlas con garantías en el nuevo entorno. El objetivo debe ser tejer un sistema industrial agroalimentario eficiente y sólido en nuestro suelo.

La industria agroalimentaria se encuentra ante un reto inminente, que se ha iniciado hace ya algunos años, ante el que no caben resignaciones vergonzantes, precisamente por su cualidad de sector estratégico, y al que se debe hacer frente, conjuntamente, por lo privado y lo público. □